

## Las moscas

Las moscas. Mira que dan guerra. Y eso que ahora hay pocas, muchas menos que antes. Para mí, al contrario de lo que piensa la mayoría, no creo que sea buena esta escasez de moscas. ¿No dicen ahora que todo bicho viviente está en regresión? Que si solo quedan no sé cuántos osos, ballenas, rinocerontes, orangutanes...Pero de las moscas nadie habla, como dando por hecho que no son importantes y que cuantas menos mejor. No sé qué habrá sido lo que casi ha acabado con las moscas. Dudo que haya sido matándolas una a una, como a los elefantes y los tigres, si no con una palmeta, que es como se hacía antes.

¿Os acordáis de las palmetas matamoscas? Seguro que sí, porque en cada casa había al menos una. Eran de plástico. Cuadrangulares. Con un largo mango de alambre trenzado. Como de medio metro. Estaban caladas. Perforadas quiero decir. Creo que eso era importante para su eficacia, para que al atizar con ella a una mosca el aire se colara por los agujeritos. Si hubiera sido una superficie continua, la presión del aire al dar el golpe habría empujado a la mosca hacia el exterior y la eficacia de la palmeta se habría reducido considerablemente.

Ahora que os las he descrito seguro que ya las recordáis. Es más, seguro que estaréis viendo la palmeta que había en vuestra casa y preguntándoos donde habrá ido a parar, que hace tiempo que no la veis. Puede incluso que estéis recordando a vuestra abuela sentada a la mesa camilla palmeta en mano. Porque eran las abuelas las que solían tener siempre una a su alcance.

No era fácil usar la palmeta, no señor. Dar un palmetazo y espachurrar a la mosca claro que es fácil, pero no era eso de lo que se trataba. Más bien esa era la razón por la que a los niños no les dejaban usar la palmeta. Tan pronto como uno de ellos la cogía, aprovechando que la abuela se había quedado adormilada, lo ponían todo perdido de moscas espachurradas: la mesa, las paredes, los cristales. Total, un asco. Hasta que los palmetazos despertaban a la abuela que retomaba el control y daba una orden tajante: niño, trae acá la palmeta y ve a la cocina por un paño húmedo, que mira como lo has puesto todo, no sé qué te hago si vuelves a coger mi palmeta.

Manejar la palmeta tenía su arte. En primer lugar, había que esperar a que la mosca estuviese en un lugar adecuado. Por ejemplo, un rincón o una

esquina no valían, porque allí era difícil atinarlas. Tenía que ser una superficie plana. La distancia era, obviamente, un requisito fundamental. Ni tan lejos que no alcanzases ni tan cerca que tuvieras que dar el golpe con el brazo encogido. No creo que sea tan difícil ¿no? Ves un documental sobre naturaleza y enseguida te das cuenta que los depredadores no andan corriendo a tontas y a locas de acá para allá. No, no hacen nada de eso. Se están muy quietecitos, esperando que la presa se ponga a su alcance. Y cuando crees que van a lanzar el ataque ¡ahora, ahora! van y no lo hacen. Siguen esperando a que se acerque un poco más, quizás solo un par de metros, porque saben que solo hay una oportunidad y hay que asegurarse. Pues igual tú, o él o ella, con la palmeta en la mano, aguardando, sin mover un dedo, siguiendo de reojo a esa mosca que anda dando la castaña por la habitación. Estás sentado en la mesa camilla y no te mueves. No vas tras ella. Simplemente coges la palmeta y esperas. Ya caerá. Antes o después se posará sobre el tapete. Tu quieto. Está lejos. Lo mismo se va, igual que la presa que acecha el predador. Pero antes o después vuelve, ya lo creo que vuelve. Ahora sí, ahora está al alcance de la palmeta. La levantas lentamente y ¡zás! mosca muerta. Muerta sí pero no aplastada, ahí estaba la gracia. Darle lo bastante fuerte como para matarla, pero no tanto como para aplastarla y luego, con un giro rápido de la muñeca, sacarla de encima de la mesa.

Claro que eso era cuando había moscas, que el otro día entré en un chino a ver si podía comprar una palmeta, aunque solo fuese como recuerdo, y después de mirarse entre ellos dijeron que se les habían acabado pero que pronto llegaría el nuevo envío. O sea, que no tenían ni idea de lo que es una palmeta matamoscas. Lo mismo a estas horas ya han enviado un fax a su proveedor en China haciendo un pedido de palmetas matanosequé.

Pues estamos buenos, es decir mal, porque si los chinos no están fabricando palmetas matamoscas es porque no tienen futuro. Las moscas quiero decir, no los chinos. Si fuésemos prácticos habría que hacer un parque nacional para las moscas, igual que se hace para los rinocerontes y los osos. Con una ventaja, y es que como a nadie le importan no harían falta guardas armados para protegerlas. Así proliferarían y puede que se empezasen a fabricar palmetas matamoscas y la gente diría: mira que dan guerra, que molestas son, no hay forma de acabar con ellas.